



Palabras de circunstancia del Superior Mayor de Antillas, P. Fausto Cruz Rosa, CMF. con motivo de la clausura del Año Jubilar por los 90 años de presencia claretiana en Puerto Rico

90 AÑOS DE FUEGO MISIONERO: UNA HISTORIA QUE CONTINÚA

Queridos hermanos y hermanas, miembros de la Familia Claretiana, misioneros, seglares, jóvenes, colaboradores y amigos de nuestra misión:

¡Muy buenos días a todos!

Después de este hermoso momento de encuentro, alegría, memoria y animación misionera, quisiera invitarles a detenernos un instante para contemplar con gratitud lo que hoy estamos celebrando.

¡Noventa años de presencia claretiana en Puerto Rico!

Noventa años que no son simplemente una suma de fechas, acontecimientos, parroquias, colegios o proyectos pastorales. Son, sobre todo, **noventa años de gracia, de fidelidad, de entrega generosa y de amor misionero.**

Cuando en 1936 llegaron a Carolina aquellos primeros misioneros claretianos, seguramente no podían imaginar todo lo que el Señor haría germinar de aquella pequeña semilla.

Hubo dificultades, limitaciones, momentos de incertidumbre y hasta la dolorosa interrupción de aquella primera fundación. Pero el fuego misionero no se apagó.

En 1960, con la llegada de nuevos misioneros procedentes de la República Dominicana, aquella semilla volvió a brotar. Y desde Río Piedras y Bayamón, pasando por Caguas y llegando más recientemente hasta Ponce y Santa Isabel, el carisma de San Antonio María Claret ha seguido abriendo caminos y encendiendo corazones.

Hoy, al mirar estos noventa años, descubrimos algo muy hermoso: **la historia claretiana en Puerto Rico no la han escrito solamente los misioneros religiosos. La hemos escrito juntos.**

La han escrito tantos sacerdotes y hermanos que entregaron generosamente su vida; los que hoy nos acompañan y aquellos que ya descansan en la paz del Señor.

La han escrito también nuestros queridos seglares claretianos, los catequistas, educadores, animadores de comunidades, agentes pastorales, familias, jóvenes, bienhechores y tantas personas sencillas que han hecho suyo el sueño de Claret.

¡Cuántas vidas transformadas! ¡Cuántas familias acompañadas! ¡Cuántas vocaciones despertadas! ¡Cuántos corazones han encontrado consuelo, esperanza y una comunidad donde vivir su fe!

Por eso, hoy queremos decir de corazón: **¡Gracias, Señor, por estos noventa años!**

Gracias por quienes sembraron antes que nosotros.

Gracias por quienes sostuvieron la misión en los momentos difíciles.

Gracias por quienes continúan entregando su tiempo, sus talentos y su vida al servicio del Evangelio.

Y gracias, de manera especial, al pueblo puertorriqueño, que ha acogido, acompañado, sostenido y enriquecido nuestra presencia misionera.

Hermanos, hay algo que quisiera subrayar en este momento.

Hoy no estamos celebrando solamente una historia que pasó. Estamos celebrando una misión que continúa.

San Antonio María Claret no fue un hombre instalado en las seguridades de su tiempo. Fue un misionero inquieto, apasionado por Jesucristo, sensible al sufrimiento de las personas y dispuesto a ir allí donde la misión lo necesitara.

Y ese espíritu es el que necesitamos mantener vivo.

No podemos conformarnos con recordar con nostalgia las grandes obras del pasado. La mejor manera de honrar a quienes nos precedieron es continuar su entrega, con la misma pasión y con la creatividad que exigen los tiempos actuales.

Puerto Rico sigue necesitando misioneros. Necesita comunidades que acojan, familias que transmitan la fe, jóvenes que descubran el sentido de sus vidas, cristianos comprometidos con la justicia, la fraternidad, la paz y la esperanza.

Y cuando digo misioneros, no me refiero solamente a los sacerdotes y religiosos. **Me refiero a todos nosotros.**

Porque el carisma de Claret es un regalo para la Iglesia, y todos estamos llamados a mantener encendida su llama.

Por eso, al concluir este Año Jubilar, quisiera dejarles una invitación:

Que no se cierre nuestro entusiasmo con la clausura de este Jubileo. Que no termine nuestra gratitud cuando termine esta celebración. Que no se apague el fuego cuando se apaguen las luces de la fiesta.

Que estos noventa años sean el impulso para una nueva etapa misionera.

Que nuestras parroquias sean cada vez más comunidades de puertas abiertas.

Que nuestros jóvenes encuentren en nosotros testigos alegres del Evangelio.

Que los pobres, los enfermos, los que sufren y los que se sienten solos encuentren siempre un lugar privilegiado en nuestra misión.

Y que María, en su Inmaculado Corazón, siga acompañando nuestro caminar.

Queridos hermanos:

Dentro de unos momentos celebraremos la Eucaristía, centro y fuente de nuestra vida cristiana y misionera, presidida por nuestro querido hermano claretiano, Padre Obispo Rubén González Medina, fruto también de esta historia vocacional que hoy agradecemos.

Pongamos sobre el altar estos noventa años, con sus luces y sombras, sus alegrías y dificultades, sus frutos y sus desafíos.

Y pidamos al Señor que nos conceda seguir escribiendo juntos nuevas páginas de esta hermosa historia.

Porque, como hemos repetido durante este Jubileo:

¡Somos herederos de un carisma que enciende y protagonistas de una misión que transforma!

¡Que viva San Antonio María Claret!

¡Que viva la Familia Claretiana!

¡Y que siga ardiendo en Puerto Rico el fuego misionero durante muchos años más!

Muchas gracias a todos. Que Dios les bendiga.

P. Fausto Cruz Rosa, CMF.
Superior Mayor de Antillas

Bayamón, 12-10-2026

